

DEL CONCEPTO DE ESPACIO SOCIAL

Juan Salcedo

Universidad de Lancaster

I

EL PROBLEMA

El espacio como propiedad de la realidad (o como categoría epistemológica), como es sabido, constituye una de las nociones más problemáticas de la filosofía. Esa problematicidad no abandona a tal noción cuando es tratada por la física o la astronomía; sin embargo, éstas y otras ciencias han conseguido de algún modo, bien definirlo operacionalmente, bien desarrollar su topología haciendo abstracción de lo que sea el espacio en última instancia.* No así la ciencia social que, como en tantos otros casos, arrastra consigo la problematicidad filosófica en cuantos pasos da.

En ciencia social nos encontramos con que el concepto de espacio — redefinido ahora como “espacio social”— ha quedado corto, es confuso y en gran medida equívoco. A fuerza de uso¹ y falta de renovación crítica, ha perdido hoy en día la capacidad explicativa que se les atribuyó por quienes allá por los comienzos de nuestro siglo, empezaron a desarrollarlo. Hoy ha quedado limitado a ser el convidado de piedra de ese banquete fácil de los “científicos sociales” dedicados a la planificación (y especulación) urbanística, y a buena parte de los llamados estudios de estructura social, que no entrañan sino la mera referencia a algunas categorías estructurales de nuestra sociedad. Sin duda alguna, la inmensa mayoría de la producción científica que utiliza la variable espacio como fundamental, puede catalogarse en el sentido señalado. Yo mismo he contribuido en alguna ocasión (De Miguel y Salcedo; 1972) a incrementar el volumen de publicaciones meramente descriptivas de la realidad espacial. Sin embargo y comoquiera que este fenómeno no es privativo de nuestro país en exclusiva, sino que es

una constante de los trabajos publicados en Europa y Norteamérica, creo que es bastante pertinente iniciar una indagación acerca de las causas de la supuesta incapacidad explicativa de las llamadas “ciencias espaciales”.

Lo que intento en las páginas que siguen es avanzar algunas conjeturas acerca de la mentada incapacidad explicativa, en lo que respecta al uso de la variable espacio. Ello sin negar la utilidad —sobre todo a efectos prácticos— que tiene una adecuada explicación de los procesos socioespaciales. Mi tesis básica es que el escaso fruto obtenido hasta el momento se debe, en primer lugar, a la adopción de una errónea conceptualización del espacio por parte de los científicos sociales.² No tiene nada de particular el que las ciencias sociales hayan heredado toda una tradición filosófica pre-einsteiniana en su tratamiento de los problemas espaciales; lo que es suicida es que la sigan haciendo suya atolondradamente aún en nuestros días.

II

ASIMILACION Y NEUTRALIZACION

Hasta el momento presente, hay que destacar cómo el desarrollo de la “economía espacial” ha tenido lugar en una triple dirección. En primer lugar se fue procediendo a la elaboración de un aparato conceptual propio de una economía espacial autónoma que, partiendo en un primer momento de esquemas y postulados de la teoría marginalista, pronto creó un limitado bagaje conceptual específico, aplicable a los problemas concretos que trataba de resolver; en este apartado habría que incluir la aparición de conceptos tales como el “cono de demanda” o el “embudo de costes” de Lösch, o los de “espacio económico” o “polo de crecimiento” de Perroux. En segundo término se fueron delimitando y aplicando técnicas específicas para la investigación, descripción y análisis de problemas espaciales concretos, como son los modelos gravitacionales, los coeficientes de localización industrial o las aplicaciones regionales de las técnicas de análisis *input-output* de Leontiev y Stone (Isard, 1956). Por último, se ha intentado la construcción de esquemas teóricos adecuados al estudio de los fenómenos espaciales, a partir de la conceptualización anteriormente citada. En este

sentido pueden citarse los trabajos en torno a la teoría de la localización industrial, o a las del lugar central, según que el énfasis fuera dirigido a la concentración industrial o de población en estudio, o al entorno agrario que la produce.³

De esas tres líneas de desarrollo científico únicamente la tercera, esto es, la formulación de modelos teóricos acerca de los fenómenos espaciales, es la que podría conducir (por supuesto que con la ayuda de las otras dos) a la elaboración de una verdadera teoría económica espacial con entidad propia y autonomía respecto del resto de la teoría económica, acabando así con las notables y repetidas polémicas sin fondo en cuanto a si es posible o no una economía espacial con un status científico lo suficientemente consistente como para considerarla ciencia *per se*. Sin embargo, todos los modelos teóricos —(supuestamente)— explicativos hasta ahora existentes presentan una característica común que es la que me interesa destacar aquí: la paradoja que representa el intento de elaborar modelos espaciales acudiendo al recurso de *neutralización* del espacio, como vamos a ver a continuación al repasar cómo incorporan la variable espacio los tres grandes bloques de proto-teorías existentes: las del lugar central, localización y las conceptualizaciones en torno al espacio económico.

Con el nombre genérico de “teorías del lugar central” se acostumbra a agrupar una serie de teorías surgidas en la década de 1930 y desarrolladas en sus fundamentos básicos durante los dos decenios posteriores. En un momento inicial, este tipo de teorías pretendía explicar las causas de la formación de centros urbanos o aglomeraciones de población, según un modelo de corte geográfico que imponía una serie de condiciones restrictivas a la realidad social y espacial. A juicio de Ullman “la esencia de la teoría es que una cierta cantidad de tierra productiva soporta un centro urbano. El centro existe porque los servicios esenciales pueden ser determinados por el entorno agrario (...). Idealmente, la ciudad estaría en el centro de un área productiva”. (Ullman, 1941, p. 854). Para el desarrollo teórico se partía de dos conjuntos de hipótesis que, en cierto modo, pretendían ser equivalentes al comportamiento racional del consumidor o a la transparencia del mercado, tan al uso en la teoría económica de la época. Los dos conjuntos eran los siguientes (Christaller, 1933; Lösch, 1941):

1. Hipótesis relativas a un espacio homogéneo y uniforme

- La superficie terrestre es concebida como una llanura ilimitada y plana, sin barreras físicas al movimiento.
- Los costes de transporte son proporcionales a la distancia, y hay un único y uniforme sistema de transporte.
- Los recursos naturales están homogénea y uniformemente distribuidos a lo largo de la llanura.

Es claro el hecho de que este conjunto de hipótesis supone una uniformidad y homogeneidad que forzosamente implican la *neutralización* (en su efectividad teórica) del “efecto espacio” en el modelo. Resulta cuando menos curiosa la elaboración de modelos espaciales que neutralicen el espacio, dejándolo limitado a la sola mención de los costes de transporte y que, por lo tanto, lo eliminen. De este conjunto de hipótesis se desprende asimismo el carácter netamente agrario de este género de teorías. La homogeneidad espacial es sólo concebible con una actividad económica volcada hacia la agricultura e incluso, dentro de ella, hacia determinados cultivos extensivos. La aparición de la industria rompería el bucólico equilibrio que aquí se nos muestra, sobre todo al alterar la tercera de las hipótesis contenidas en este primer conjunto ya formulado. El segundo conjunto está formado por las siguientes hipótesis:

2. Hipótesis relativas a una población de características homogéneas y uniformes que habita en la llanura homogénea y uniforme

- La población se distribuye espacialmente de forma homogénea, con densidad constante.
- La renta está homogéneamente distribuida, por lo que la demanda y la propensión marginal al consumo son similares en todos los componentes de la comunidad.
- La información es diáfana y los comportamientos del productor y del consumidor son racionales con respecto a la información de que disponen del funcionamiento del mercado.

El segundo conjunto de hipótesis liga este tipo de modelos a

la teoría marginalista al uso. Lo que más me interesa destacar es el nuevo esfuerzo de neutralización del espacio mediante la hipótesis referida a la distribución uniforme de la población con densidad constante. El efecto espacial queda, en los dos conjuntos de hipótesis citados, limitado a la proporcionalidad de los costes de transporte con el espacio recorrido, hecho este que puede fácilmente deducirse del conjunto expuesto.

Por su parte las teorías de la localización industrial (Isard, 1956; Richardson, 1970) pueden considerarse como el intento de aplicar la teoría microeconómica vigente en los años cincuenta y sesenta a un espacio que coincide, de forma hartamente sospechosa, con el inocuo modelo descrito hasta aquí. En este caso la neutralización, es decir eliminación del espacio, se consigue bien con la adopción llana y simple de los dos conjuntos de hipótesis anteriores (Richardson), bien con alguna otra suposición más o menos similar, como la hipótesis "isardiana" de "uniformidad espacial" (Isard, 1956, p. 59). El resultado constante es un auténtico escamoteo del espacio en la elaboración de los modelos espaciales. Ello era sin duda un juego familiar a economistas formados en ficciones teóricas como el estudio de una economía de mercado sin monopolios ni monopsonios, esto es, otra ficción sin duda cómodamente teórica. Como ya he señalado en otro lugar (Salcedo, 1977) el intento de elaborar estos modelos espaciales en un espacio neutro ha sido una constante en el desarrollo de la "economía espacial".

Algunos estudiosos han intentado avanzar un paso más en la incorporación del espacio a los modelos espaciales (Perroux, 1961; Boudeville, 1961; y Gigou, 1972). Para ello han intentado la elaboración del concepto de "espacio económico" como un ente más complejo que el espacio físico. El espacio económico de Perroux y Boudeville no es, sin embargo, más que una ficción matemática; concebido inicialmente como la "aplicación del espacio matemático *sobre* o *en* un espacio geográfico" (Boudeville, 1961, p. 8), su formulación abstracta le priva de la posibilidad real de aplicación a la elaboración de modelos. Decir que el espacio económico es aquél en cuyo seno tienen lugar intercambios de naturaleza económica, tampoco contribuye demasiado a sacarnos del atolladero en que estamos metidos. Nos recuerda demasiado la definición de espacio social en términos del "lugar físico donde tiene lugar la interacción". A mi juicio, como veremos más adelante, el espacio sólo es econó-

mico si es de naturaleza tal que es capaz de interferir o provocar intercambios o interacciones; es decir, si pierde el carácter neutro de soporte pasivo que le ha venido dando la teoría económica hasta el momento actual.

También me interesa destacar aquí la escasa aportación que la economía marxista ha dedicado al estudio y desarrollo de conceptos espaciales; es más que llamativo este hecho si se tiene en cuenta que tanto la Unión Soviética como las democracias populares han tenido que enfrentarse con serios problemas de reconstrucción y reasentamiento de población desplazada por causa de conflictos bélicos o de la repoblación forzosa de Siberia. Parece que la política de reconversión espacial se ha basado en criterios exclusivamente urbanísticos (técnicos) y de necesidades de la industria basados —obviamente— en un planteamiento ideológico de justicia social distributiva.

III

SERVIDUMBRES SOCIOLOGICAS

El concepto de espacio social es la innovación conceptual con que varias generaciones de sociólogos han intentado, desde luego sin mucho éxito, la incorporación del espacio a la teoría sociológica. En esta tarea la influencia de Simmel ha sido ciertamente grande. Como es sabido, la comprensión y explicación de las formas de interacción es uno de los objetos fundamentales de la indagación sociológica; pero es que esas formas de interacción se realizan en un espacio social que también pasa a formar parte del modelo, dada su importante influencia en los tipos de interacción. El espacio es considerado a la vez como variable interviniente y como objeto de estudio en las ciencias sociales, hasta tal punto que es impensable ningún enfoque científicamente válido que no haga referencia, en alguna medida, a la dimensión espacial. Esta influencia decisiva de los aspectos espaciales no se ha señalado, sin embargo, con similar intensidad en todas las ciencias sociales. Ya he señalado cómo la economía había desarrollado sus esquemas conceptuales y sus modelos teóricos con escasas referencias al espacio. En el resto de las ciencias sociales (salvo la geografía, claro está, donde la primacía del espacio físico es más que manifiesta) las referencias espa-

ciales tienen una intensidad diferente, aunque se puede constatar su existencia prácticamente en todas las elaboraciones conceptuales o teóricas en mayor o menor grado.

Así, la antropología social incorpora la noción de *espacio* como consecuencia de sus orígenes intelectuales, la antropología física y la biología e intenta explicar, en un primer momento, la diferente evolución de estructuras sociales espacialmente aisladas y autárquicas en las áreas cerradas y autosuficientes conocidas bajo la denominación de ecosistemas; las posteriores corrientes difusionistas de la cultura de Ratzel y Bastiat no son sino el producto intelectual de incorporar el concepto de "distancia ecológica" a los procesos de difusión de la cultura. Por su parte, Tönnies utiliza el concepto de espacio social definiéndolo como el ámbito propio y natural de su utópica e idealizada *Gemeinschaft* (Tönnies, 1887). En épocas más recientes, el espacio va cobrando una importancia creciente; así, por ejemplo, en la obra de Malinowski el territorio es concebido como "principio de integración", como base de una "comunidad de intereses debidos a la proximidad, la contigüidad y la posibilidad de cooperación" (Malinowski, 1948, p. 69); se trata de una interpretación funcional del espacio en orden a maximizar la cooperación entre los miembros de las comunidades que en él habitan. El movimiento a través de un espacio físico es una de las "necesidades básicas" de los agregados humanos ya que "la actividad es tan necesaria al organismo como indispensable a la cultura" (Ibid., pp. 99-100).

Sin embargo, el espacio alcanza su mayor importancia como la variable independiente clave en el desarrollo del *método comparativo*, considerado pieza fundamental en la investigación antropológica o sociológica. El fundamento del método está en el estudio de la coexistencia o ausencia de hechos sociales y en el examen de los casos en que diversos fenómenos se encuentran simultáneamente presentes o ausentes con vistas a demostrar que unos son causa de otros. El factor espacial interviene en la explicación, cuando una serie de fenómenos son estudiados de forma simultánea en dos o más países o culturas diferentes con vistas a analizar las diferencias o similitudes observadas. Sin embargo, la importancia de este método no radica tanto en la explicación de las diferencias cuanto en síntesis de los factores comunes de tal forma que, según Radcliffe-Brown "permite pasar de lo particular a lo general" mediante la

observación de aquellas “características que pueden hallarse de distinta forma en todas las sociedades humanas” (Radcliffe-Brown, 1970). El método es incluso citado como el método básico del antropólogo por Margaret Mead, que lo concibe como “ir a una civilización diferente y efectuar un estudio de los seres humanos bajo diferentes condiciones culturales en alguna otra parte del mundo” (Margaret Mead, 1972, p. 42). Se trata de la técnica utilizada por Ferdinand de Saussure en su *Lingüística geográfica* (F. de Saussure, 1945) o por Ruth Benedict y Levi Strauss, por citar sólo dos ejemplos, a lo largo de su obra.

Como es lógico, el método comparativo utilizado por los sociólogos tiene la misma base científica que el empleado en antropología social, aunque basa sus explicaciones de forma fundamental en el análisis de datos secundarios o en análisis secundario de datos primarios, antes que en el trabajo de campo y la observación participante al estilo antropológico. El espacio sigue siendo la variable clave, reducida aquí a los datos nacionales de diferentes agregados sociales, económicos o políticos. La sociología política y la sociología económica deben buena parte de su desarrollo actual al método comparativo, sobre todo en los estudios referidos al desarrollo económico. Método comparativo y utilización del espacio como variable independiente son, pues, términos casi sinónimos y de gran importancia en el desarrollo de la sociología empírica.

Una consecuencia de los orígenes filosóficos de la sociología fue la inmediata incorporación a sus esquemas lógicos de las categorías “espacio” y “tiempo”, fundamentales en la especulación filosófica post-kantiana. Sin embargo, la introducción de la dimensión temporal en los modelos sociológicos es previa a la de la dimensión espacial. El factor tiempo ha estado presente en las teorías sociológicas desde el primer momento, siendo ciertamente importante como soporte de las teorías referentes a la evolución o cambio social.⁴ El factor espacio —si bien implícito en todas las teorías, mediante frecuentes alusiones a la diversidad nacional o espacial— no hace su aparición hasta las últimas décadas del siglo XIX en la obra de Simmel formando parte de un esquema lógico espacial y temporal.

En la línea del presente artículo, me interesa resaltar un aspecto clave de la obra de Simmel: la importancia sociológica del espacio. La concepción espacial de Simmel comienza con una crí-

tica del determinismo geográfico, tan en boga en los primeros años del presente siglo. En esa línea puede considerarse su afirmación de que “cuando en la historia se interpreta que el elemento espacial adquiere tal importancia que la extensión o pequeñez de los Imperios, la concentración o dispersión de la población, la movilidad o estabilidad de las masas, etc., aparecen como fundamentos de toda la vida social, se corre el riesgo de tomar por causas positivas o activas todas estas constelaciones, que necesariamente tienen una estructura espacial” (Simmel, 1927, p. 227). El espacio *no* es causa última, sino que se trata de *una forma que en sí misma no produce efecto alguno*. La vida social no es una función, pues, del espacio, aunque éste pueda tener una gran influencia en la configuración de las interrelaciones sociales que se llevan a cabo en su seno. El espacio físico no tiene la menor importancia para Simmel a la hora del análisis, si no es en cuanto espacio social en el que se verifica la interacción. Este espacio social que es el que interesa como variable, sólo tiene sentido si en él existen seres humanos que interactúan. “La acción recíproca que tiene lugar entre hombres se siente (se manifiesta) como el acto de llenar un espacio (...). En el momento en que (...) dos personas entran en acción recíproca, el espacio que existe entre ellos aparece lleno y animado” (Ibid., p. 229). Hay que resaltar el planteamiento íntimo, cotidiano, del espacio como sustrato o base de la acción social. Este “microplanteamiento” es tanto más llamativo cuanto que se da en plena época de expansión imperialista en una Alemania tan ávida de un Imperio colonial que provocaría dos guerras mundiales. El espacio, pues, aparece en la obra de Simmel con dos dimensiones básicas: una *física* sin proyección alguna social, y otra *sociológica* en la cual se desarrollan las diversas formaciones de la vida social.

Fundamentales también para la comprensión del esquema simmeliano son los conceptos de “proximidad” y “distancia”, entendidos como aquellas cualidades estáticas que facilitan o imposibilitan las acciones recíprocas sociológicas. La importancia sociológica de la “distancia” radica en el hecho de que “la relación espacial modifica las demás relaciones” (Ibid., p. 254). Esta afirmación es la que fija la idea central de Simmel sobre el espacio, que aparece concebido como un “elemento modificador de la interacción”. Así las relaciones interpersonales se ven modificadas por la distancia en el sentido de un “aumento de la abstracción” con la misma; por

ello, las relaciones a distancia “suponen un cierto grado de desarrollo intelectual” por debajo del cual no son posibles. También analiza Simmel la evolución en las formas de interacción mediante el análisis de las variaciones que experimentan las relaciones sociales en función de las modificaciones en la distancia existente entre los miembros que interactúan. Para ello distingue entre una distancia exterior (o física) y una distancia interior (o interpersonal) que se contrapesan. Así, “cuando falta la distancia exterior actúa la necesaria acentuación en el interior, la delimitación de las esferas personales, la repulsa de intimidades desmedidas” (Ibid, p. 280). Se trata del planteamiento que hará Goffman cincuenta años después para explicar el aislamiento de algunos individuos recluidos en “instituciones totales” (es decir, hospitales, prisiones, navíos y demás mundos “cerrados”). (E. Goffman, 1970).

Sin embargo lo interesante a efectos del presente artículo es que no limita Simmel su análisis de las relaciones sociales en función de la distancia al campo de la microsociología, sino que amplía su esquema al campo de la estructura social con una serie de “digresiones” acerca del papel de las minorías. En este sentido, estudia la concentración espacial de las minorías (ghetos, áreas raciales) como “áreas sociales de seguridad” donde “tendrán más posibilidades de defenderse, de auxiliarse mutuamente, de desarrollar la conciencia de su comunidad” (Simmel, 1927, p. 281). La autosegregación aparece así como un proceso defensivo frente a las condiciones hostiles del medio. La lucha por la existencia está implícita como elemento básico, en estas páginas de Simmel que aparece como el precursor de la ecología humana actual.⁵ En este sentido ecológico pueden defenderse sus manifestaciones respecto de la actitud segregacionista de las minorías. Así cuando afirma: “Un organismo particular pequeño, que se encuentra dentro de otro más amplio, con un poder central, será favorable a la implantación de una forma de gobierno individualizadora, que conceda autonomía a las partes, en el caso de que viva en grupos compactos” (Ibid, p. 282) lo que puede interpretarse como una saludable — a mi juicio — tendencia hacia el autogobierno. Más adelante continúa, “en cambio, si la minoría vive diseminada de manera que no puede pensar en un desarrollo autonómico de su poder, de nada le servirá la autonomía de las partes, ya que no ha de tener mayoría en ninguna de ellas” (Ibid, p. 282). El comportamiento político de las minorías

aparece como consecuencia de la lógica tendencia al autogobierno combinada con la concentración de la minoría en cuestión, según puede verse en el siguiente esquema:

Distribución de la minoría:

	A) concentrada	B) dispersa
Tendencia hacia:	Autonomía (autogobierno)	Centralismo

terminando su razonamiento de la forma siguiente: “a la densidad local del grupo corresponden tendencias autonomistas; a su diseminación en el espacio, tendencias centralistas. Y como esta relación se da lo mismo en regímenes democráticos que aristocráticos, resulta que el factor espacial de la proximidad o distancia decide acerca de la forma (organización) del grupo, o al menos contribuye a ello” (Ibid, p. 283). La organización social o, mejor aún, la distribución del poder, se pone en función de una magnitud espacial como es la densidad de la comunidad minoritaria, dentro del contexto total de la sociedad globalmente considerada.

Sin embargo, la aportación de Simmel como iniciador de una posible sociología espacial tiene algunos puntos débiles; de una parte, es un grave handicap la falta de conexión entre el espacio físico y el espacio social. De otra parte la inadecuada concepción del espacio social, que aparece como el medio inocuo en el que tiene lugar la interacción, como una especie de catalizador de la misma. En el análisis simmeliano y en todos los estudios posteriores, desde la Escuela de Chicago de Park y Burgess pasando por Duncan y Hawley en fechas más recientes y llegando finalmente a Lefebvre,⁶ el espacio social es ese medio inocuo e isomorfo heredado de Simmel y que se parece demasiado a aquel espacio neutro de que nos hablaban los “economistas espaciales”.

Esta inadecuada concepción del espacio es una constante en las diversas ramas sociológicas que le utilizan. Así, en el terreno de la sociología urbana, la ciudad aparece como soporte inactivo de la ordenación social urbana; una vez realizada la distinción ideológico-metodológico entre lo rural y lo urbano, la sociología urbana se

hace aespacial, pasando a realizar un “análisis espacial” (!) de algunas de las relaciones sociales que pueden tener lugar en el marco geográfico urbano. Así, se analizan diversos parámetros de la estructura social (segregación, pautas de asentamiento y asimilación, procesos de sucesión, etc.) en función de áreas geográficas definidas en el interior de esa ciudad (zonificación). Y lo peor es que a esta actividad de descripción y clasificación se le pretende dar un status de teoría explicativa.

No es, pues, arriesgado afirmar que la sociología no ha incorporado el espacio a sus modelos hasta el momento presente, tal y como ocurría en el caso de la economía. La explicación de tal anomalía parece residir, en ambos casos, en la inadecuación del concepto de espacio que se ha pretendido adoptar: un espacio neutral y pasivo.

IV

LA INTERACCION IMPOSIBLE

La meta final —explicitada en numerosas ocasiones— de la elaboración de modelos espaciales en los campos económico y sociológico es la de conseguir explicaciones de la realidad a partir de la necesaria interacción entre el espacio físico y el “espacio socioeconómico”, entelequia conceptual en la que voy a incluir los conceptos de espacio social y económico, sólo a efectos metodológicos. Este “espacio socioeconómico” simmeliano o *espacio₀* estaría caracterizado por algunas propiedades, que se pueden resumir en las siguientes proposiciones:

Proposición 1 El espacio es homogéneo; puede considerársele como una llanura homogénea en la que aparecen concentraciones fabriles y de población, y en el que se verifica la interacción.

Corolario 1 El espacio es neutro e inocuo en una primera fase de la formación de la estructura espacial de la sociedad. (Período de inocuidad inicial)

Proposición 2 La heterogeneidad aparecida como consecuen-

cia de la presencia de poblaciones se mide en términos de isocronía o de costes de transporte.

Corolario 2 La heterogeneidad espacial debida a la formación previa de unidades de población influye en una fase posterior a la inicial en la modificación de la estructura espacial resultante de la primera fase. (Período de intervención)

Proposición 3 La distancia recorrida en un tiempo dado o la unidad monetaria por espacio recorrido parecen ser la única medida de posibles discontinuidades económicas espaciales.

La proposición de homogeneidad inicial y el postulado de inocuidad son una constante universalmente aceptada en las formulaciones teóricas de las "ciencias espaciales"; y ello es así por más que hayan aparecido objeciones históricas a las mismas, como la aparición de concentraciones fabriles o urbanas en puertos o cruces de caminos, es decir, precisamente en aquellos puntos en que no se verificaba la proposición inicial. El corolario inmediato (*Corolario 1'*) es el que dan estas condiciones de partida: la interacción espacio-sociedad que se asienta en este espacio es imposible; así pues, la afirmación de que el espacio interactúa con el medio social que le ocupa es una utopía teórica imposible de deducir partiendo de una concepción del espacio como la que vengo comentando hasta aquí. Lo que en realidad ocurre es que *espacio₀* es inocuo, y la interacción en la sociedad asentada en el mismo es totalmente de naturaleza social o económica, con la presencia inactiva del espacio. En estas condiciones lógico-metodológicas de partida, el hablar del espacio como una variable clave de los modelos o como un ente que interactúa, es algo que pertenece más al mundo de los deseos que al de las realidades actuales; en realidad el espacio es concebido como una especie de duende en la máquina al cual se hacen invocaciones cuasi-míticas, y del que se supone puede ayudar a explicar algunos aspectos de la estructura espacial de la sociedad.

La línea seguida hasta aquí por las ciencias sociales me recuerda algunas de las discusiones filosóficas tradicionales en torno al espacio, en las que se planteaban algunas preguntas del tipo de

las de ¿qué es el espacio? o —más próxima a nuestro problema— ¿puede el espacio interactuar con otros objetos? (Hinckfuss, 1975; Swinburne, 1968). Lo preocupante es que en nuestros días, y a partir de Heisenberg y Einstein, se ha abandonado la concepción newtoniana del espacio (que es la que han utilizado hasta hoy sociólogos y economistas) por la relativista (Smart, 1964). El espacio ya no es concebido por físicos ni filósofos como un medio etéreo en el que los cuerpos se mueven, sino como un objeto que interactúa con los demás y que también puede experimentar variaciones. *Espacio*₀ pues, ha perdido en nuestros días la razón de ser en todos los campos del conocimiento, y entre ellos en el de las ciencias sociales.

V

LA POBREZA DE TODA TEORIA GENERAL DEL ESPACIO

De lo dicho hasta aquí se colige fácilmente que toda teoría socioeconómica del espacio existente hasta ahora, sea cual sea su alcance y su nivel de generalización, ha de tener escasa capacidad explicativa. Por citar sólo un ejemplo, la tan criticada teoría de Burgess sobre la distribución concéntrica de funciones en un área urbana, debe su pobreza no a su escasa generalizabilidad (!) potencial, sino a la inocuidad del concepto de espacio que utiliza. Se hace preciso, pues, adoptar un nuevo concepto. De esta necesidad se han hecho ya eco algunos sociólogos (Rémy y Voyé (1972)) y geógrafos, destacando entre ellos Emyr Jones cuando afirmaba en fecha reciente que “el espacio no es solamente un medio donde la sociedad se mueve y actúa, sino una variable que no se puede ya ignorar por más tiempo” (Jones, 1975, p. 8). También la adopción por parte de la ecología humana del concepto de *ecosistema* constituye un paso en este sentido (Salcedo, 1977, parte II). Los economistas, sin embargo, parecen más apegados a continuar con la concepción tradicional del espacio al moverse en un marco más formalizado y lleno de suposiciones “supersimplificadas” en orden a alcanzar un “nivel científico” supuestamente más elevado, en el marco de la teoría económica convencional.

Si en realidad se desea conseguir un adecuado nivel explicativo, hay que pasar a considerar un espacio activo, no homogéneo, que interactúa con la organización social existente modificándola y

siendo a su vez modificado por ella. Voy a llamarlo *espacio₁*. Este *espacio₁* se convierte así en actor social, en sujeto a la par que objeto de la interacción; en elemento capaz de forzar decisiones de los grupos en liza existentes en toda estructura de clases. Este carácter de actor le es otorgado por los grupos de interés que actúan con el mismo; pero precisamente este carácter "otorgado" es el principio mismo de la interacción ya que, como es sabido, la acción de todo grupo, individuo o elemento sólo es social si es una respuesta a la presencia, real o imaginaria, de otros; es decir, una reacción a estímulos sociales.

En el *espacio₁* juegan un papel esencial los elementos no homogéneos del espacio, como accidentes naturales, puntos singulares, zonas de especial configuración, etc. Así, las fronteras naturales pueden ser un elemento separador o bien la excusa física con que se ignoran comunidades con intereses opuestos.

VI

EL PRINCIPIO DE ESCASEZ Y LA TEORIA CONFLICTUAL DEL ESPACIO

A mi juicio lo que da a *espacio₁* su carácter de espacio socioeconómico y, por ende, su capacidad de interacción, es el principio de la escasez. Así, un espacio físico sólo será capaz de interactuar con grupos o colectivos sociales si es escaso respecto de alguna cualidad esencial. *Espacio₁* se convierte así en un bien escaso que pasa a ser objeto de disputa conflictiva entre diversos grupos en la sociedad; conflicto que termina con la apropiación de *e₁* por el grupo o la clase dominante en ese particular momento histórico. Así, no se debe a ninguna casualidad ecológica el hecho de que las clases dominantes ocupen siempre históricamente las zonas más bellas de las ciudades o las más elevadas (y más fáciles de defender), sino a la apropiación por estas clases de aquellas zonas del espacio que gozaban de ciertas ventajas locacionales; también ocurre que con el crecimiento de las ciudades y los problemas derivados de la contaminación, el espacio exterior a los núcleos de población (antño abundante por falta de demanda para uso urbano) se convierte ahora en un bien económicamente escaso, lo que explica la tendencia de las clases más elevadas y medias a huir del centro y situar-

se en los alrededores, escapando de paso al cerco potencial de un proletariado urbano, potencialmente siempre peligroso. También es su carácter de escaso lo que ha dado a la tierra su propiedad de medio de producción, y ha hecho de su posesión un elemento casi religioso en los conflictos campesinos a lo largo de la historia.

En los casos anteriores, que no son sino ejemplos, sí que existía una interacción real entre el espacio y la sociedad, que va más allá de las meras relaciones de proximidad descritas inicialmente por Simmel, o de la adscripción a la tierra de Lösch y Christaller. El espacio, a través de este principio de escasez, se muestra capaz de generar procesos conflictivos y relaciones de subordinación, prioridad y dependencia. En este sentido, parece que la clave para el futuro desarrollo de los modelos espaciales explicativos, y en consecuencia, de unas ciencias sociales espaciales, consiste en el desarrollo de una concepción del espacio del tipo de la que he llamado *espacio₁*. Es decir, se trata de “des-simplificar” la noción de espacio y tomarlo como lo que es en realidad, ni homogéneo ni continuo, sino con numerosas discontinuidades físicas, de valor y de uso. También habría que considerar ese espacio discontinuo como un bien escaso, lo que provocará un conflicto por su apropiación, y la aparición de relaciones de subordinación en la colectividad humana que se asienta en el mismo.

Quizá fuera también interesante la consideración de algunas enseñanzas adquiridas en el reciente desarrollo de la nueva ciencia ya conocida como “sociobiología” o ciencia del comportamiento animal. En este sentido algunas de las informaciones obtenidas por Ardrey (1970) o por Dawkins (1976) parecen lo suficientemente sugestivas como para no desecharlas de antemano.

Quiero señalar, para terminar, que ello no significa que se tenga por qué pasar a la posición determinista de contemplar los procesos sociales como provocados por su localización en el espacio físico; pero sin duda equivale a reconocer la importancia que las relaciones sociales—espaciales tienen en la configuración de la vida social, tanto en los micro (donde se ha venido trabajando ya, sobre todo por parte de los etnometodólogos en temas tales como relaciones interpersonales en función de la distancia, comportamiento en espacios reducidos, en centros públicos y otros semejantes), como en los macroplanteamientos.

NOTAS

* El texto del presente artículo incluye valiosas sugerencias realizadas por Salvador Giner al primer manuscrito. También fue leído con sentido crítico por Manuel Pérez Yruela. A ambos mi agradecimiento.

¹ Una de las líneas de desarrollo más productivas de las ciencias sociales en los últimos cincuenta años, es el énfasis puesto en la descripción y explicación de los procesos espaciales de asentamiento de la población. Como consecuencia de este interés por el conocimiento de los procesos espaciales se han puesto en candelería algunas disciplinas tales como la economía regional, la sociología urbana o la ecología humana. El espectacular desarrollo de los estudios sobre procesos espaciales puede ser entendido fácilmente si se considera como la reacción o el mecanismo de corrección que las ciencias sociales proporcionan a uno de los problemas más graves y costosos que la humanidad tiene planteados en nuestros días: la existencia de áreas deprimidas en contraste con otras fuertemente desarrolladas. Además, la rapidez con que se están desarrollando estas disciplinas ha sido posible porque se partía de unos niveles de conceptualización y teorización tan menguados que cualquier incremento marginal en la cantidad de información disponible o en las técnicas de sistematización de los nuevos conocimientos era proporcionalmente muy considerable. Como consecuencia del bajo nivel de partida y de su rápido ritmo de desarrollo, las diversas disciplinas que tratan de los temas espaciales han producido una maraña de artículos, publicaciones e intentos de teorización a través de la cual se hace difícil ver la luz. Sin embargo, es decepcionante constatar cómo una característica común a estos estudios es la de que se han venido moviendo en el terreno de la clasificación y la descripción antes que en el —científicamente más fecundo— de la interpretación y la explicación. Así, hay que reseñar la existencia de varios centenares de artículos meramente descriptivos que se limitan a contarnos la evolución de algunos parámetros de la estructura social de algún área determinada (Blau, 1974). Lo normal es que se analicen los parámetros citados respecto de algunas subdivisiones espaciales (provincias, regiones, etc. que se toman como variable independiente) del área total en cuestión. En ninguna forma debe considerarse, sin embargo, que la clasificación no sea científicamente útil; antes bien, la clasificación y la descripción responden a un estadio previo e interdependiente de la actividad explicativa, que es la que se considera por el momento como el objeto de la actividad científica (Hirst, 1976). En este sentido hay que destacar, como ejemplo, la enorme utilidad que tuvieron las descripciones y clasificaciones de Linneo en el desarrollo de la botánica y de la historia natural en general. En realidad, la clasificación y la descripción se nos presentan como un paso necesario y previo a la más adecuada explicación de los fenómenos en estudio.

² Además de una errónea conceptualización del espacio, se ha planteado toda una problemática errónea —a mi juicio— en la elección de los temas de estudio. Pero este segundo aspecto, de gran importancia, no va a ser objeto de desarrollo en este artículo.

³ Me interesa destacar cómo, dentro del campo de la teoría económica, se abandonó la concepción ricardiana de los costes comparativos; de haberse aplicado al estudio de los procesos espaciales, quizá se hubieran obtenido resultados tan satisfactorios como en su aplicación al Comercio Internacional. Quizá la vuelta a Ricardo, como señala P. Sraffa, pueda dar un nuevo y más original empuje al desarrollo de una economía espacial.

⁴ Véase en este sentido la reciente obra de Antony Smith (1976) sobre cambio social; el mismo es definido como la "sucesión de acontecimientos que producen, a lo largo del tiempo, una modificación o sustitución de algunas pautas o modelos determinados, por otros nuevos" (p. 13). El tiempo es concebido como una especie de caldo de cultivo (valga la comparación organicista) que *soporta* el cambio en todas las explicaciones endógenas (o sea, funcionalistas y neofuncionalistas) del cambio social. Véase la crítica que hace de ello el mismo A. Smith. *Passim*.

⁵ Robert E. Park fue discípulo suyo. Gran parte de los conceptos utilizados por él y por Burgess y Mckenzie tuvieron su origen en las clases impartidas por Simmel a Park, y en las lecturas realizadas por este último.

⁶ El propio Lefebvre utiliza una concepción "pasiva" del espacio, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo. Así, su "espacio diferencial" es de naturaleza similar a la que ya hemos visto, siendo el terreno en el que tienen lugar procesos dialécticos y relaciones de apropiación (H. Lefebvre, 1974). El propio Lefebvre reconocerá que el espacio deberá ser en el futuro "cada vez menos neutro; cada vez más activo, a la vez como medio y como objetivo" (Ibid., p. 472).

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Ardrey, R. (1970) *Territorial Imperative*, London: Fontana Ed.
- Blau, P.M. (1974) "Parameters of Social Structure", en *American Sociological Review*, n. 39, pp. 615-635.
- Boudeville, J.R. (1961) *Les espaces économiques*, Paris: Presses Universitaires de France.
- Christaller, W. (1933) *Die Zentralen Orte in Suddeutschland*, Jena.
- Dawkins, R. (1976) *The Selfish Gene*, Cambridge: The University Press.
- De Miguel, A. y Salcedo, J. (1972) *Dinámica del desarrollo industrial de las regiones españolas*, Madrid: Tecnos.
- Goffmann, E. (1970) *Asylums*, Harmondsworth: Penguin.
- Guigou, J.L. (1972) *Théorie économique et transformation de l'espace agricole*, Paris: Gauthier-Villars.
- Hinckfuss, I. (1975) *The existence of Space and Time*, Oxford: Clarendon Pr.
- Hirst, P.Q. (1976) *Social evolution and sociological categories*, London: George Allen and Unwin Ltd.
- Isard, W. (1956) *Location and Space Economy*, New York: Free Press.

- Jones, E. (1975) *Readings in Social Geography*, Oxford: University Press.
- Lakatos, I. (1968) "Criticism and the methodology of scientific research programmes", en *Proceedings of the Aristotelian Society*, vol. LXIX, pp. 149-186.
- Lefebvre, H. (1974) *La production de l'espace*, Paris: Anthropos.
- Lösch, A. (1941) *Die Räumliche Ordnung der Wirtschaft*, Jena: Gustav von Verlag. (Existe traducción al castellano: *Teoría económica espacial*, Buenos Aires: Ateneo, 1957).
- Malinowski, B. (1948) *Para una teoría científica de la cultura*, Buenos Aires: Edhasa.
- Mead, M. (1972) *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona: Laia.
- Perroux, F. (1961) *L'économie du XX^e siècle*, Paris: P.U.F.
- Radcliffe-Brown (1970) "The comparative method in social anthropology", citado por L. Mair en *Introducción a la antropología social*, Madrid: Alianza.
- Remy, J. y Voye, L. (1974) *La Ville et l'Urbanization*, Liège: J. Duculot.
- Salcedo, J. (1977) "Espacio y Ciencias Sociales", en *Madrid culpable*, Madrid: Tecnos.
- Saussure, F. (1945) *Curso de Lingüística general*, Buenos Aires: Losada.
- Simmel, G. (1927) "El espacio y la sociedad", en G. Simmel, *Sociología: estudio sobre las formas de socialización*, Madrid: Revista de Occidente, vol. II, pp. 227-324.
- Smart, J. (1964) *Problems of Space and Time*, London: Macmillan
- Smith, A. (1976) *Social Change*, London: Longman.
- Swinburne, R. (1968) *Space and Time*, London: Macmillan.
- Ullman, E.L. (1941) "A theory of location for cities", en *American Journal of Sociology*, n. 46, pp. 853-864.